

## Febrero casi marzo

Manuel Crespo

Pensar en la Negra de antes es pensar en eso que descubrieron muriéndose en el fondo del bebedero. Es pensar, acordarse, revolver entre muchas otras cosas y encontrar el bague recubierto de barro, chapoteando. Pero esta noche Luciano no está para acordarse así de la Negra. Tampoco se va a acordar de sí mismo, el Luciano de los siete años, ocho a lo sumo, parado al lado de su hermana, la mirada fija en el pez que cada tanto boquea y pega un salto, el pez apenas un poco más brillante que todo lo demás ahí adentro.

Ahora Luciano anda por los dieciocho todavía no cumplidos y hace un rato que está sentado a la mesa de la cocina. Tiene los libros desparramados y lee, pero eso es más un decir que otra cosa. Apenas puede mantener la vista en la página, se está durmiendo con los ojos abiertos. En eso oye el llanto, pero no reacciona.

Sigue con la mano en la frente, el codo en la mesa, en la otra mano un café que va de tibio a frío, pero ya todo es inútil, el llanto se acerca, invade los cuartos, primero el de sus padres, después el de estar, después el pasillo y ahora la puerta de la cocina que se abre, Pedrito en los brazos de la Negra, la cara roja de Pedrito llorando.

–Estoy tratando de estudiar, Julia –dice Luciano.

Ella rodea la mesa, empuja el mosquitero con el pie y se lleva a Pedrito afuera. El llanto se va como llegó, se debilita luego de haber alcanzado su punto máximo de saturación, casi como una sirena de ambulancia. Ahora Luciano lo siente del otro lado de la pared, lejos, allá y no acá, un problema de otro. Que se ocupe ella, se dice para adentro, si al final es la única ahí que no tiene nada para hacer. Da vuelta a una página y subraya algo sin ver, hace como que revisa sus anotaciones en el cuaderno espiralado. Van cuatro días así. Cuatro días y sus noches. La idea de prepararse en el campo resultó ser un fiasco. Luciano sabe que no le puede echar la culpa a nadie: ni a la Negra, ni al sobrino, tampoco a los demás. Hace cuatro días que se mueve separado del resto, supuestamente para ganar concentración, y además el campo es grande y nadie se queda en la casa durante el día. Afuera todavía es verano y está la pileta. El único en la sombra es Luciano, que se está preparando para un examen de ingreso que mucho no sabe si quiere rendir, que en realidad quisiera irse ya mismo a cualquier otro lugar que no fuera ese campo chamuscado por el sol, chato como una moneda, una línea que ni siquiera las casuarinas pueden disimular, ubicado a veintitantos kilómetros de la ciudad de nombre compuesto a la que ya casi no va y cuyo mayor recuerdo a estas alturas es el de todos esos domingos de misa, cuando todavía era chico y lo obligaban a ir.

Luciano es el único de la familia que no llegó a vivir en la ciudad de nombre compuesto. Los Valdemar se mudaron a Buenos Aires dos años antes de que él naciera. Desde que tenía memoria, para él el campo siempre había sido algo que ocurría un fin de semana por mes. El campo todavía le gustaba. Le encantaba, de hecho. Había de todo para hacer y siempre estaban pasando cosas: una vaca pariendo, la vez que Andrés descabezó la víbora con la pala angosta, los asados, los primos que caían de visita y terminaban quedándose a dormir, las salidas a caballo a cualquier hora, el estruendo de la tormenta siempre más vivo que en Buenos Aires, los cascotazos al panal del monte y después correr. También estaban las dos semanas del invierno y un mes del verano. Siempre había sido así: Miramar o La Cumbre en enero, el campo de Campo en febrero.

Ahora también es febrero, los últimos días.

Luciano se lleva la mano derecha al hombro izquierdo y busca el dolor con los dedos, por encima de la camisa. Hace un par de horas, frente al espejo del baño, antes y después de ducharse, se pasó un buen rato estudiándose los tres moretones en curva, la medialuna violácea que le dejó el Pehuén al morderlo. Solo cuatro días y hasta los caballos se le ponen en contra.

Y en eso está, en tocarse el hombro y sentir el dolor en su punto de origen, cuando escucha los pasos que vuelven. La Negra murmura apenas por encima de la voz de Pedrito. Luciano mira, ahora así, hacia el mosquitero: ahí están los dos, ella de pie y él en sus brazos, sobre el camino de ladrillos que une la puerta de la cocina con la parrilla, bajo la luz amarillenta del farol. Todo lo demás es noche y algo de ruido, un sapo que llama a

otro, un insecto que choca contra la pared y cae al piso, el zumbido de la heladera detrás de Luciano, las voces entrelazadas de la Negra y Pedrito. Ella señala algo en la pared y él la imita. El interés de ella es impostado, un recurso de maestra jardinera, mientras que Pedrito mira serio, entre asombrado y cauteloso. Mira eso en la pared –una araña, un caracol, supone Luciano– y después vuelve a la Negra, como si necesitara constatar una relación secreta entre eso y ella.

Luciano se los queda mirando, hermana y sobrino ahí parados, y de golpe ya no piensa en nada. Será el cansancio o el aburrimiento, será una tercera cosa: el asunto es que su mente entra en un blanco perfecto. Los ojos se le nublan y el tejido del mosquitero se convierte en una sucesión de puntos negros. Así como suena: puntos negros en horizontal y vertical. Entre los puntos hay otros de colores, inquietos, que corresponden a la vida del exterior: la Negra, Pedrito, el camino de ladrillo, la noche que enturbia la luz del farol. Si no fuera porque tiene la mente en blanco, Luciano podría dar cuenta del fenómeno que está teniendo lugar frente a sus ojos: es imposible distinguir qué está adelante y qué detrás, si los puntos negros o los de colores, si el mosquitero o la vida del exterior, eso de ahí es una negación de las dimensiones, todo se funde en un mismo plano de puntos que titilan un poco, como pasa a veces con las estrellas muy juntas en las noches claras, y así el mosquitero, la Negra, Pedrito y el resto de las cosas pierden sus formas originales. Al rato ya ni puntos son, apenas manchas líquidas que anuncian que más temprano que tarde Luciano tendrá que pestañear y entonces el mundo será otra vez el del comienzo, pura e impenetrable solidez.

La Negra abre el mosquitero, las bisagras sueltan un quejido y Luciano vuelve en sí. Del otro lado de la mesa, su hermana y su sobrino lo miran en silencio. Después se ríen.

—¿Qué le pasa al tío Lucho? —le dice la Negra a Pedrito—. Está loco, el tío.

Pedrito lleva un dedo blando hasta la sien, gesto que debe haber aprendido este verano, entre tanto adulto que lo alzó y le hizo caras y le festejó toda gracia nueva. Tiene la cara un poco roja todavía, los ojos contraídos del después del llanto. Resopla y se ríe. Luciano baja la vista a los libros desparramados.

—Estoy tratando de estudiar, Julia.

La Negra no le contesta, se queda un instante más ahí detenida y después se pierde casa adentro, Pedrito en brazos. Luciano piensa en ir y preguntarle por qué lloraba, subraya algo al azar, mira el cuaderno espiralado.

Declara recreo con cigarrillo. Encuentra el atado debajo de la Constitución de los Estados Unidos y se levanta de la silla. Duda un segundo y agarra también el libro que había estado haciendo que leía hasta recién. Guarda el lápiz en uno de los bolsillos del jean y sale. Va hasta la galería, enciende la luz y se sienta en uno de los sillones de mimbre. Desde afuera puede escuchar el ir y venir de los otros dos dentro de la casa. Andrés y Silvia estarán volviendo en un par de horas. Ya es la segunda vez esta semana que los dejan a cargo del hijo. Ni que hubiera tantas cosas para hacer en la ciudad: hace un mes que en el cine pasan la misma película, como mucho una o dos parrillas decentes y ni Andrés ni Silvia tienen amigos acá. Los dejan a cargo del hijo

y se van. El otro día contaron que están pensando en radicarse en la ciudad. Los negocios en el molino no andan del todo bien y alguien, Andrés en este caso, tiene que venir a hacerse cargo. Además el año que viene Pedrito estará empezando el jardín y a sus padres no les disgusta la idea de criarlo en el Interior, lejos de la vida acelerada de Buenos Aires.

Pedrito es un llorón, piensa Luciano. Encima no están los abuelos, y sin ellos la cosa se desmadra. Los viejos ya lo hubieran acostado al pendejo hace rato. Sin mucha vuelta: a la cama, basta, se terminó. Así se hacían las cosas cuando Luciano era chico. Anoche la Negra le contó que los había llamado desde el público que está frente a la plaza, mientras hacía compras en la ciudad. Están genial, le contó a la vuelta. No pueden creer las playas, querían saber cómo venís con el estudio. Luciano le respondió con una frase corta, sin mirarla. Después la Negra se fue para su cuarto.

Ahora Luciano fuma y calcula cuánto tiempo compartieron desde que la soltaron. El primer mes entero, eso seguro. Después pasó lo de Cambiaso y Pereyra Rossi y enseguida el llamado anónimo para que la Negra se hiciera humo. Entonces el más de medio año por Europa, los primeros tres meses con sus padres, con mis viejos, piensa Luciano, y el resto por su cuenta, con todos los gastos pagados, eso sí, aunque también es verdad que la Negra paró en varias casas de amigos y que al regresar devolvió buena parte de la plata. Allá se pasó los días recorriendo y preguntando por gente que se había ido antes que ella. Así Madrid, Barcelona, París, Londres, Berlín y otra media docena de ciudades, y hace unas tres semanas toda la familia en Ezeiza, vuelve Julia a quedarse, ahora sí. Se fue

directo al campo de Campo y recién Luciano la volvió a ver cuando cayó a estudiar. En total se vieron poco menos de dos meses en casi un año, o en casi nueve, si se agrega Devoto, pero entonces también habría que sumar todas las veces que Luciano acompañó a sus padres a las visitas de los martes. Luciano todavía era chico y lo obligaban a ir.

Se lleva la mano derecha al hombro izquierdo, que le pesa como una piedra. Es un dolor distinto al de la tarde, cuando el tarascón le dio más bronca que otra cosa. Ahora el Pehuén debe estar pastando en la oscuridad, pasando la pileta y el alambrado, fuera del parque, anónimo hasta para sí mismo entre la tropilla silenciosa. La pileta no queda lejos, a unos treinta metros de la galería, y tiene la parte honda iluminada por la luz de noche. Ahí se pasan las mejores horas del día Andrés y su mujer, la Negra, Pedrito. Desde el interior de la casa, Luciano los mira nadar y tomar sol.

Estaba terminando de desensillar cuando el Pehuén lo mordió. Había declarado recreo con vuelta a caballo. Había ido hasta el puente y frenado ahí. El sol ya estaba declinando, perdiendo fuerza. Desde la montura, mientras el caballo casqueaba sobre el concreto, miró un rato el agua del arroyo, que corría casi sin movimiento. A la vuelta el Pehuén galopó incluso más rápido que a la ida. Luciano se echó para atrás para no perder el equilibrio y lo dejó marcar el ritmo. Ahora piensa que tal vez fue eso: si le hubiera mantenido la rienda corta, si lo hubiera obligado a volver al paso, tal vez el Pehuén nunca se hubiera animado a soltar el tarascón. Más que la mordida en sí, el verdadero susto para Luciano fue sentir la cara del caballo tan cerca, los ojos así de abiertos, las orejas tensas, los dientes

desnudos hasta las encías incrustándose en su camisa. Le pegó una trompada en el cogote y el Pehuén abrió la boca, dio un salto hacia atrás. Luciano lo regresó a la pradera a los rebencazos.

Otra vez se quedó con la mente en blanco. Escucha el ruido del mosquitero a la vuelta de la casa. Abre el libro en la página marcada y está subrayando algo al voleo cuando aparecen la Negra y Pedrito, que viene caminando adelante, avanzando con pasos destartalados. Se va directo a los canteros y la Negra lo para antes de que pise el barro. Lo levanta de las axilas y Pedrito patalea ofuscado. El resto del viaje a la galería lo hacen así.

—Quedate acá y no jodas —dice la Negra cuando lo aterriza.

Pedrito se pone a caminar rápido entre los muebles, hablando en su idioma. La Negra se ata el pelo con una gomita y se sienta en el otro sillón, a la izquierda de Luciano. Ya es bastante más baja que él. La tarde del bagre en el bebedero también había una cabeza y media de diferencia, solo que era al revés: la Negra era la más alta de los dos y cargaba el balde.

Pedrito frena de repente y observa el perfil de Luciano, que sigue leyendo y subrayando. Hace el gesto del tío loco, la Negra sonríe y Luciano alza la vista. Cuando la soltaron le faltaban varios dientes. Se le habían caído las paletas, un colmillo, unas cuantas muelas. El primer mes se fue en eso, en devolverle la sonrisa. Cada tantos días el dentista la anestesiaba y le ponía un diente nuevo. La Negra volvía a la tardecita con la cara hinchada, el dolor empezando a avisparse, y un agujero menos. La mayoría se le habían podrido, un par se los habían saltado a golpes. Pasaba seguido



que a la Negra la mandaran a los chanchos. Luciano y sus padres hacían la cola con los demás familiares y al llegar al mostrador el oficial les informaba que ese martes no iba a poder ser, Valdemar se portó mal esta semana, está en los chanchos.

Resulta como mínimo curioso que para Luciano el recuerdo de las visitas de los jueves no sea desagradable del todo. Le gustaban los desayunos en el bar de enfrente, el que todavía tiene el cartelote de Seven-Up encima de la puerta. Llegaban bien temprano, cuando aún era de noche, y elegían siempre el mismo lugar: contra la ventana de la punta, frente a la vereda avioletada por los primeros resplandores del día. Su padre pedía cafés con leche y medialunas de grasa y su madre charlaba con las otras madres de mesa a mesa. Afuera los porteros salían a baldear, de algún rincón de la barra llegaban las voces de una radio y la mañana entera tenía algo así como un gusto a ceremonia para ellos solos. A veces los acompañaba algún tío, alguno de los primos grandes, Andrés. Luciano escuchaba las conversaciones de los mayores y comía sus medialunas. Después, cerca de las siete, su padre pagaba la cuenta y cruzaban la calle. Al séptimo u octavo martes dejaron de revisarlos en la entrada. Los nuevos no tenían esa suerte: de su primera vez en Devoto Silvia salió algo pálida, con los labios apretados. Me tocaron ahí, le dijo a Andrés en el auto. Luciano alcanzó a oír y entendió recién de grande.

—¡Vení ya para acá! ¡Para acá, te dije!

La Negra se pone de pie y sale de la galería. Pedrito está en el pasto, justo donde la luz se pulveriza y empieza la noche. Antes de que la Negra lo atrape ya está volviendo. Dice algo, resopla y se ríe. Ella tiene en la mano el cigarrillo que Luciano le convidó

hace menos de diez segundos. Lo enciende y vuelve a sentarse. Luciano lee, se acaricia el hombro por encima de la camisa. Las palabras bailan en la página. Pedrito se trepa a un sillón y después se baja. Se pone a dar vueltas alrededor de la mesa de mimbre.

–Lo tendrías que haber acostado hace tres horas, Julia. Ahora quién lo duerme.

Lo desagradable era la visita propiamente dicha. Hasta se ponía contento –siempre por lo bajo, para no contrariar la amargura de sus padres– cuando a la Negra la mandaban a los chanchos. De esa manera el programa se terminaba en la parte buena, el desayuno. Pero eso no siempre ocurría. Les tomaban los datos en la entrada y después los hacían pasar a un patio que era puro cemento. Cada familia tenía una mesa asignada y al poco rato aparecían las presas. Todas tenían la misma cara. Salían juntas al patio y se dispersaban a medida que reconocían a los visitantes. Había besos y abrazos y en general bastante silencio.

Por ahí no siempre fue así, pero de esas visitas Luciano guarda la imagen de una Negra muda e inerte, como tallada en roca, una Negra contra las que las palabras rebotaban. Se sentaba en el banco contrario a su familia y acto seguido su madre le pasaba la bolsa con los Derby suaves, la yerba, el café, algún postre envuelto en papel de confitería, ropa, cosas así. La Negra se largaba a fumar ahí mismo y contestaba con monosílabos. Decía sí o no o no sé. Estaba muy flaca, en los mismos huesos. La piel de la cara se le había agrisado y ya había perdido el primer diente. Durante toda la hora, mientras su padre o su madre hacían lo imposible para mantener la conversación con vida, clavaba los ojos agigantados en el paredón de enfrente y

no los movía de ahí, como si estuviera buscando formas en las manchas de humedad o como si creyera que de puro mirarlo el paredón un día se iba a caer desplomado, así como así, primero el paredón altísimo y un segundo después una montaña de escombros.

Casi no se fijaba en Luciano. Apenas lo saludaba o le apoyaba una mano en la cabeza cuando se saludaban o se despedían. Era como si para ella Luciano fuera una extensión de sus padres, algo que venía atado a ellos y los seguía a todos lados, vaya uno a saber por qué. Tampoco la cosa era tan distinta a la de los años anteriores a la cárcel, los que empezaron con las misas de aquel cura en el living, siguieron con el trabajo asistencial en la villa y desembocaron en la militancia. Entonces su hermana no tenía tiempo para nadie, pero ahí en el patio del penal era todavía peor. La Negra estaba como muerta y todo a su alrededor parecía ahuecarse, morir también. Su hermana le daba miedo: era ni más ni menos que eso. Como mínimo fue así durante los primeros tiempos, pero igual Luciano no se quedó a esperar el cambio. No bien tuvo la edad suficiente para plantarse, desertó a las visitas. Pasaron los años y su madre empezó a decirle que la Negra había preguntado por él. Su padre y Andrés intentaron convencerlo, el primero con más calma y paciencia que el segundo, pero Luciano no bajó la guardia. Dejó de ir y punto, sin dar lugar a demasiadas explicaciones.

—Julia, en serio.

—Déjalo, Lucho. No está haciendo nada.

El libro descansa ahora sobre la mesita del café, blanca como los demás muebles. Sobre el libro está el lápiz. No pasa medio minuto y Pedrito ya lo está agarrando. Luciano intenta sacárselo sin recurrir a la

fuerza, pero su sobrino insiste, aprieta la mano alrededor del lápiz, se revuelve, pone cara de pelela. Así le dicen Andrés y Silvia cuando se enoja. A toda la familia le encanta cuando se pone de esa manera. Pedrito frunce la boca, se viene el llanto y todos embobados.

Luciano suelta su punta del lápiz y el cese abrupto del tironeo hace que Pedrito casi se caiga hacia atrás. Por las dudas la Negra mantiene una mano estirada hacia él, pero Pedrito no se da cuenta. Solo tiene ojos para el lápiz que se ganó a base de capricho. Lo hace girar entre sus dedos cortos, blandos, y después lo levanta hacia la luz que baja insuficiente del techo. A Luciano le parece algo cabezón, ni lindo ni feo, un Valdemar de pura cepa. Es bastante morrudo para los años que tiene, ancho de cuerpo, patón. Se nota al kilómetro que no va a ser bueno para los deportes. Luciano tampoco cree que sea muy despierto. Da gracia porque está todo el santo día poniendo caras, inventando palabras y cayéndose al piso. Es como tener una versión en miniatura de los Tres Chiflados, piensa Luciano, pero así son todos a esa edad. Al final lo único realmente a favor de Pedrito es su condición de primer nieto. Luciano siente que otra vez la cabeza se le empieza a vaciar. Sabe que eso tampoco es culpa de nadie, ni siquiera suya, o al menos eso le parece, pero su sobrino va y viene y así no se puede estar en la galería, con Pedrito haciendo tanto ruido y la Negra a su izquierda, fumando el cigarrillo que él le convidó hace uno o dos minutos, muda como todos esos martes a la mañana en el patio de Devoto, aunque eso era antes, ella después preguntaba y él prefirió no ir, ahora la Negra volvió para quedarse, pero no hay con qué darle, a Luciano la cabeza se le está vaciando, el ruido que hace Pedrito le llega como desde un pozo y

la luz se va haciendo manchas, se diluye en el no color que es la noche.

–Julia, estaba tratando de estudiar.

–Estudiaste todo el día, Lucho. Al final casi no pasamos tiempo juntos. Está linda la noche. ¡Vení para acá, vos!

Luciano se lleva la mano al hombro, que hace un rato le empezó a latir. El Pehuén no estaba jugando cuando lo mordió.

–¿Te duele algo, Lucho?

Luciano retira la mano del hombro y dice que no con la cabeza. La Negra apaga el cigarrillo en el piso y se le arrima. Tira apenas del cuello de la camisa y al final Luciano la deja ver. Se pasan un par de minutos así: la hermana mayor rozando apenas los moretones con la yema del dedo índice, el hermano menor con la cara vuelta hacia la derecha. Puede sentir el olor a crema de enjuague que emana el pelo de la Negra. De cuclillas en el borde de la galería, Pedrito clava el lápiz en la tierra húmeda del cantero.

–Esto necesita hielo. Ahí vengo. Te encargo al enano.

La Negra dobla en la esquina de la casa y desaparece. Alarmado de golpe, Pedrito trata de seguirla, pero Luciano lo ataja a mitad de camino. Le sonrío e intenta alzarlo, pero Pedrito se retuerce y llora, así que al final lo devuelve al piso.

–Malcriado de mierda –le dice al oído–. Sos un malcriado de mierda, pendejo.

Pedrito le contesta algo también, una respuesta saturada de vocablos todavía sin forma, y después se va para el cantero, donde el lápiz sigue enterrado. Luciano

se levanta de un salto y llega primero. Arranca el lápiz y se lo muestra a su sobrino desde lo alto. Pedrito estira las manos hacia él, se pone a chillar.

—Alpiste, muñeco. Es mío.

La Negra aparece casi simultáneamente en la galería, con un repasador abultado entre manos.

—¿Qué pasa acá?

—Que este pendejo me tiene hartó, Julia.

Por más que la Negra lo hamaca entre los brazos, por más que le da palmaditas en la espalda y le susurra algo al oído, Pedrito no deja de estirar las manos hacia el lápiz que Luciano le sigue mostrando con una mueca sobradora. La Negra de espaldas a él, la cara hacia el parque oscurecido, más precisamente hacia la pileta iluminada en la parte honda por la luz de noche, y Pedrito que mira a Luciano con los ojos achinados, la boca semiabierta, gritando. Son los últimos días de febrero y Luciano piensa que todo esto no puede ser más que un error. Alguien la embarró feo y lo plantó en este campo, en esta noche espantosa, con la mente que se le apaga cada dos por tres, mordido por un caballo al que habría que hacer chorizo, obligado a estudiar para un examen que ya está seguro de no querer rendir y varado en la compañía de una hermana que casi no conoce y un sobrino que es la más perfecta máquina de llorar, mientras sus padres disfrutaban de una semanita de descanso en la costa de Brasil y su hermano y su cuñada andan haciendo Dios sabe qué en la ciudad de nombre compuesto adonde pronto se irán a vivir y echar raíces, dedicarse a ser padres, esas cosas. La mano tendría que ser distinta. Luciano tendría que estar en Buenos Aires, exprimiendo el fin del verano

con sus amigos, buscándose alguna chica para invitar a salir y, con suerte, meter después en el departamento, que tendría para él solo, por una vez la casa sin familia adentro. Pero acá es el campo y ahora es esta noche, y Pedrito parece a punto de ahogarse de tan rojo. Luciano le termina dando el lápiz. Su sobrino llora todavía un poco más, como para que quede bien claro que su llanto es un arma fría y terrible, y al rato ya está otra vez caminando entre los muebles, hablando solo. Tira el lápiz al pasto, lo va a buscar y regresa. La primera vez la Negra le dice que se quede quieto. Después ve que la gracia del juego consiste en la repetición, en ir y volver y volver a ir, y entonces ya no le dice nada.

Se sienta al lado de Luciano y agarra el repasador con los hielos que dejó sobre la mesa antes de alzar a Pedrito. Lo mete despacio bajo la camisa de su hermano y lo aprieta contra el hombro. Después saca la mano y sostiene el repasador con la otra, siempre apretando, por encima de la camisa.

—¿Cuál te mordió, me dijiste?

—El Pehuén.

—Te tendrías que haber llevado al Colibrí. Es lo más manso que hay.

—El Colibrí es del viejo. No le gusta que se lo anden.

—¿En serio? Yo la semana pasada lo usé y él no me dijo nada.

Luciano alza la mano derecha hasta el hombro izquierdo y toma posesión del repasador. Su hermana retira su propia mano y se echa para atrás. Esa tarde todavía era la más alta de los dos. Cruzaron la tranquera y empezaron a caminar, ella siempre medio paso

delante de él, que cada tanto se inclinaba para controlar el interior del balde. El bague seguía ahí, en el fondo opaco, aleteando apenas para resistir los sacudones, un equilibrista del agua. Luciano preguntaba todo y la Negra respondía. Cada quince minutos tenían que frenar para que ella pudiera cambiar el balde de mano. También pararon un rato en un monte de eucaliptos, bien entrados en el campo de Quiroga, para ganar sombra antes de encarar el último trecho.

—Y, Lucho, ¿alguna noviecita por ahí?

—No.

—Pero seguro que algo debe haber.

—No hay nada, Julia.

Diez años después, la que hace preguntas es ella. Del repasador entran a caer gotas. Luciano las siente desprenderse de su hombro, bajar heladas por un costado del pecho y de ahí a la panza. No es una sensación fea. Pedrito sigue jugando a tirar el lápiz, siempre de la galería al pasto, donde arranca la noche.

—Lucho, ¿estás bien?

—Sí, ¿por?

—No sé. Estos días estuve pensando bastante en vos.

—Estoy lo más bien.

—Pasa que desde que salí no tuvimos un minuto para hablar. Sos el único de la familia que nunca me preguntó nada.

—¿Qué me querés decir, Julia?

—Que por ahí te están pasando cosas que a mí me pasaron en su momento, cuando tenía tu edad. Por ahí te puedo ayudar en algo, escucharte, no sé.



–Gracias. No necesito nada.

–Está bien. Era solo para que me tuvieras en cuenta. No hace falta que te enojés.

Se están mirando. A decir verdad, ella lo está mirando a él. Lo de Luciano es apenas unos ojos abiertos. No está pensando en eso que mira, o mejor dicho: eso que mira se disuelve mientras piensa. La Negra es una forma sin relieve, algo que a duras penas está ahí. De chico le decían que era igualito a ella. El mismo color de piel, el pelo, los ojos grandes, las cejas tan de gallego. Todavía se parecen en algo, pero de todas formas la Negra ya no es la de antes. Luciano casi no recuerda esa primera versión de su hermana. Están las fotos y los cuentos, es cierto, pero no es lo mismo. Incluso ahora, si tuviera que cerrar los ojos y reconstruirla de cero, la Negra que emergería sería la segunda Negra, la de Devoto. Esta tercera versión que está con él en la galería, sentada a su izquierda, mirándolo, ni siquiera compite. Se trata de una Negra todavía más ajena que las otras dos. A la edad de Luciano, ya trabajaba en la villa y seguía a aquel cura a todas partes. Ya militaba o estaba por empezar a hacerlo. Dos o tres años después vería morir a su novio en una emboscada y a continuación seguirían el secuestro, las noches de tortura, los años de cárcel. Una suerte para pocos, la cárcel, pero eso es un tema para otro momento. Nada que la Negra haya vivido a su edad, piensa Luciano, puede tener ni la más remota conexión con su propia historia. No se parecen en nada ni tienen experiencias en común. La Negra no lo vio crecer. No pudo ni tampoco quiso. Es mentira que la sangre tire siempre. A veces la sangre no sirve para nada.

–Julia.

—¿Qué, Lucho?

—¿Cuántos años tenés?

—Cumplo treinta y uno en abril.

—Mirá.

—¿Mirá qué?

—No importa.

—No, decime.

—Que me parece que ya es tiempo, nada más.

—¿Tiempo de qué?

—De que te busques un trabajo, de que te vayas a vivir sola. No sé, Julia: esas cosas.

—¿Y por qué...?

—Digo, ya estás grande. Andrés es más chico que vos y ya tiene un hijo.

—Andrés tuvo otra vida, Luciano.

—Y vos lo que tenés son treinta años, Julia. ¿Cuánto tiempo más pensás vivir con nosotros?

Luciano se echa para atrás y se queda así, despatarrado, ni un solo gesto en la cara que revele la mezcla de rencor y culpa que le está creciendo por dentro. Sentada en el borde de su sillón, la Negra está cruzada de brazos, inmóvil, empequeñecida. Ahora sí se están mirando el uno al otro. Ella parece a punto de decir algo, suspira, mueve apenas la cabeza en señal de negación. Voltea la cara para mirar el parque.

—¿Y Pedro?

La Negra se para y sale al pasto. Luciano se para también pero se queda en la galería, la mano en el hombro apretando el repasador, la camisa húmeda adherida al cuerpo. La Negra ya está dentro de la noche. Luciano la oye llamar al sobrino.

Entonces ve aparecer la figura diminuta, fantasmagórica, como de duende de leyenda pueblerina, que ingresa destartalada en la luz de noche. Es verla y empezar a correr. El repasador se desarma bajo la camisa, cae al pasto con los hielos. Es ver todo antes de que pase, también. El caminar de Pedrito a lo largo del borde, el paso en falso, el ruido de agua. La Negra emerge de golpe por una punta de la luz y sale por la otra. La segunda zambullida se oye mucho más fuerte que la primera. Mientras corre hacia la pileta, Luciano va distinguiendo las formas, la mano de ella agarrada al borde de ladrillo, hermana y sobrino abrazados en la superficie todavía revuelta. Los últimos metros los hace al trote. La Negra llora apenas mientras dice ya está, ya está, ya pasó. Lo de Pedrito es directamente un grito.



**Los Monegros**  
CONSEJO COMARCAL